

En tierra extraña: migraciones, inmigrantes y fe

Por Hugo Córdova Quero

Términos referidos a las migraciones son comunes en nuestra vida cotidiana. Migración se refiere al desplazamiento temporario. Inmigración tiene que ver con radicarse a largo plazo o permanentemente en otra sociedad. Emigración implica abandonar el lugar propio de residencia. Y exilio significa refugiarse en otro lugar debido a razones políticas, especialmente cuando la vida corre peligro. Estos distintos tipos de desplazamientos ocurren nacional o internacionalmente. A diario, estos términos nos confrontan con historias reales. Lo mismo sucede cuando consideramos la historia de tradiciones religiosas como la judeocristiana. El origen de algunas iglesias, como la Iglesia Evangélica del Río de la Plata, está íntimamente relacionado con las migraciones.

El sueño de la TIERRA PROMETIDA

La Biblia hebrea narra el caso de Abraham y su esposa Sara, quienes emigraron de Ur de los caldeos a Canaán en busca de la "tierra prometida" por Dios (Génesis 11,31-25,8). La promesa divina de una tierra prometida se continúa en la migración forzada de José hacia Egipto, luego de ser vendido como esclavo por sus hermanos (Génesis 37,12-36), y más tarde en la de sus hermanos con sus familias (Génesis 44,16- 47,12). Cuando sus descendientes fueron un pueblo numeroso, sufrieron la esclavitud en Egipto (Éxodo 1,13), de la que Dios los liberó (Éxodo 12,37-42) hasta llegar a la conquista de la tierra de Canaán (Josué 1,13-15). Pero el "sueño de la tierra prometida" tiene una contracara: para cumplir su sueño, el pueblo de Israel arrebató las tierras de los habitantes originarios de Canaán. El sueño de unos se convirtió en la pesadilla (conquista) de otros.

En occidente, esta historia ha inspirado a diversos migrantes buscando un lugar donde establecerse y tener una vida mejor al aventurarse al continente americano desde el siglo 19 hasta el presente. Argentina fue destino de millares de inmigran-

tes provenientes de Europa, Asia y África. Así como Israel conquistó Canaán, hace 500 años el continente americano fue arrebatado por los conquistadores a los pueblos originarios. Los inmigrantes se asimilaron a la ideología que históricamente ha legitimado ese despojo. Es innegable que muchos inmigrantes han trabajado duramente y sufrido miserias para progresar. Sin embargo, mientras su situación social cambió, la de los pueblos originarios, no.

¿Por qué alguien emigra? Existen diversas explicaciones aunque, contrariamente a lo que se cree, las migraciones no son sólo el resultado de una elección personal, sino también una conjunción de factores sociales, históricos, geográficos y jurídicos que se construye ideológicamente y que depende de voluntades políticas y de factores económicos. Aún más, el arribo a la TIERRA PROMETIDA implica enormes sacrificios y penurias que muchas veces sumen a los inmigrantes en la depresión y la desesperación. Desde nuestra fe debemos redoblar los esfuerzos de ayuda social, apoyo espiritual y contención hacia aquellos que ven en nuestro país una TIERRA PROMETIDA.

"Tú también fuiste extranjero..." (Deuteronomio 10,17-19)

Hay diversos textos bíblicos que refieren al trato que un migrante debería recibir. En la Biblia hebrea se especifica claramente el pasado del pueblo de Israel, que fue sacado de la esclavitud en Egipto. Eso conlleva a un

El autor es egresado del Instituto Universitario ISEDET y graduado como Doctor en Estudios Interdisciplinarios en Migración, Etnicidad y Religión por el Graduate Theological Union, en Berkeley, California, en Estados Unidos de Norteamérica.



▲ Moisés extendió su mano sobre el mar, y Yahveh hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del Este que secó el mar, y se dividieron las aguas. (Éxodo 14:21).

Desde nuestra fe debemos redoblar los esfuerzos de ayuda social, apoyo espiritual y contención hacia aquellos que ven en nuestro país una TIERRA PROMETIDA.

accionar en solidaridad o justicia con “el extranjero” (Éxodo 2,22, Deuteronomio 24,15-22). Sin embargo, el trato dado a los extranjeros no siempre fue justo, e incluso se relatan episodios de racismo y xenofobia (Esdras 10,2-4; Nehemías 13,1-3).

Dentro del sistema capitalista globalizado, las migraciones satisfacen las demandas de mano de obra barata. El desplazamiento de seres humanos también implica modos de relacionamiento muchas veces difíciles, especialmente cuando el otro es construido negativamente como “criminal” o “inferior”. Esa construcción crea estereotipos e identidades colectivas ficticias que invisibilizan a las personas reales. En Argentina, esto se refuerza con ideas raciales populares basadas en un eurocentrismo autodefinido como “superior”. La imagen del crisol de razas es la metáfora central del asimilacionismo, proceso que espera que los inmigrantes renuncien a su propia cultura y adopten las normas culturales de la sociedad receptora. Esto es imposible en la vida real debido a que nuestra identidad se basa constitutivamente en nuestra cultura de origen.

El asimilacionismo ha sido históricamente una importante influencia en la gestión de leyes migratorias en Argentina, resultando en el privilegiado de inmigrantes europeos sobre aquellos procedentes de países limítrofes, y potenciando el racismo y la xenofobia. El hecho que en Argentina la explotación laboral y la trata de personas se produzca mayormente con inmigrantes de zonas donde la presencia de pueblos originarios o afrodescendientes es muy alta, indica que hay una jerarquía racial presente en nuestra sociedad que tiene fuertes raíces históricas, culturales e ideológicas muy difíciles de derribar. Desde nuestra fe se hace cada vez más necesario reflexionar sobre la manera como tratamos al otro a la luz de nuestros antepasados, quienes “también fueron extranjeros”.

El exilio

Cuando hablamos de exilio casi siempre recordamos el sufrimiento del pueblo de Israel en Babilonia en el año 722 a.C. (2 Romanos

17,6; 18,11). Sin embargo, debido a que su vida corría peligro, Jesús y su familia también fueron exiliados en Egipto (Mateo 2,13-14). Si bien luego de muchos años Jesús y su familia pudieron regresar a la tierra de origen, los exiliados y sus futuras generaciones no siempre tienen ese privilegio. La mayoría de las veces el exilio es un proceso doloroso, como lo expresaron los cautivos en Babilonia (Salmo 137). Cuando las nuevas generaciones crecen y se hacen numerosas, estamos en presencia de una diáspora. Tanto la diáspora como las comunidades transnacionales (aquellas generaciones que se vinculan con el país de origen) representan el constante flujo bidireccional de personas, mercancías e ideas, lo cual se fortalece a través de las redes sociales y la doble nacionalidad, aunque en muchos casos, la nacionalidad de origen se pierde con el exilio. Recordar que nuestra fe nos enseña que somos peregrinos (Hebreos 11,13), nos puede ayudar a comprender y sentir compasión por las personas que involuntariamente han dejado su lugar de origen y atraviesan distintas situaciones en medio de nuestra sociedad.

Conclusión

La fe y las instituciones religiosas ocupan un rol central en la cuestión migratoria. La cultura y la fe viajan con los inmigrantes, quienes negocian diferentes aspectos culturales entre su lugar de origen y la sociedad receptora. Se necesita de un marco cultural tanto para vivir una experiencia de fe como para llevar a cabo la propia identidad. Las comunidades de fe, como también las redes sociales, contribuyen a la supervivencia de los inmigrantes en la nueva sociedad, cuya cohesión se realiza a través de la interacción de aspectos culturales, lingüísticos, étnicos y de género.

En el proceso de adaptación de los inmigrantes a la sociedad receptora, el papel de las comunidades religiosas es cada vez más importante, especialmente porque ofrecen soporte afectivo y facilitan formas de

pertenencia. Esto conlleva a una reflexión y una praxis constante de las iglesias hacia aquellas personas que se insertan en nuestra sociedad. Responder a ellas con respeto y compasión no es sólo un gesto humano deseable, sino un fruto visible de nuestro compromiso evangélico. ✓

